

La inclusión de Demetria en *La Iglesia de los Padres* de John Henry Newman

The Inclusion of Demetria in The Church of our Fathers by John Henry Newman

Silvina Sarmiento

Universidad Nacional de Cuyo

Facultad de Filosofía y Letras

Mendoza, Argentina

<https://orcid.org/0009-0007-8814-7793>

silsarmiento@gmail.com

Resumen: El objetivo del presente trabajo es examinar la figura de Demetria en la obra “La Iglesia de los Padres” de John Henry Newman. La fascinación por el mundo de los primeros cristianos y un profundo estudio sobre la patristica conducen al autor a escribir unos bocetos históricos publicados en 1840. En sus escritos Newman describe quiénes son los Padres de la Iglesia, cómo se da el encuentro entre la filosofía grecorromana y el cristianismo primitivo. Asimismo, advierte la relevancia de los primeros para una interpretación adecuada y una reflexión más precisa de las Sagradas Escrituras. En el contexto en el que surge el anglicanismo, entre las críticas a la Iglesia católica se encuentra también la del monacato. Precisamente, bajo este prejuicio se lleva a cabo el saqueo y destrucción de monasterios en tiempos de Enrique VIII. Entre los bocetos históricos, Newman dedica el capítulo IX a Demetria, una joven romana muy vinculada a San Jerónimo y San Agustín. La inclusión de esta única mujer en su obra pone de relieve el valor de la vida consagrada ya presente en los primeros cristianos, descubrimiento que forma parte del proceso de conversión de Newman al catolicismo.

Palabras claves: Padres de la Iglesia, Newman, Demetria, conversión, monacato, virginidad

Abstract: The objective of this article is to examine the inclusion of Demetria in “The Church of Our Fathers” by John Henry Newman. Admiration for the primitive Christian world and a deep patristic study led John Henry Newman to write the historical sketches published in 1840. In his writings, the author narrates who the Fathers of the Church were and describes the encounter between Greco-Roman philosophy and early Christianity. Likewise, he acknowledges the relevance of the formers for a more adequate interpretation and a more precise reflection of the Sacred Scriptures. The context which gave way to the Anglicanism, among the various criticisms against the Catholic Church was the rejection of monastic life. In fact, this prejudice led to the destruction of monasteries under Henry VIII. Out of the several historical sketches included in The Church of the Fathers, Newman dedicates chapter IX to Demetria, a young Roman woman related to Saint Jerome and Saint Augustine. The inclusion of the only woman in his work illustrates the value of consecrated life already present among early Christians, a discovery that confirmed another step in Newman’s process of conversion to the Catholic faith.

Keywords: Church Fathers, Newman, Demetria, Catholicism, conversion, monasticism, virginity.

Cita sugerida: Sarmiento, S. (2026). La inclusión de Demetria en *La Iglesia de los Padres* de John Henry Newman. *Revista de Historia Universal*, 33, 87-106.

1. Introducción

John Henry Newman , junto con otros miembros del Movimiento de Oxford, participa activamente en la traducción al inglés de las obras de los Padres de la Iglesia. Este proyecto toma forma en la colección Library of the Fathers (iniciada en 1838), impulsada principalmente por figuras como Edward Bouverie Pusey y John Keble. Lejos de constituir un mero ejercicio erudito, esta empresa

responde una convicción teológica profunda: la necesidad de redescubrir, a través de los textos patrísticos, la continuidad histórica y doctrinal de la Iglesia. Así, el estudio directo de las fuentes antiguas no solo busca revitalizar el anglicanismo, sino que también conduce a algunos de sus principales exponentes a replantear críticamente su identidad eclesial. En el caso de Newman, este contacto sostenido con la tradición patrística se revela como decisivo en su itinerario intelectual y espiritual, al orientarse progresivamente hacia el reconocimiento de la Iglesia católica como depositaria plena de dicha tradición.

El conocimiento de los diversos escritos de la Patrística que John Henry Newman ofrece a través de sus obras invita a valorar la Tradición de la Iglesia. En su proceso de conversión, Newman descubre que las “Sagradas Escrituras” no constituyen la única fuente de la revelación divina, sino que, junto con ella, la Tradición juega un papel fundamental justamente para su adecuada interpretación. No obstante, su enfoque no adopta un tono elegíaco ni una visión nostálgica, estática o lamentosa del pasado, sino que se caracteriza por una mirada apasionada, en la que la tradición es concebida como un fuego que debe mantenerse vivo y ardiente. En este sentido, su lectura no parte de la premisa de que todo tiempo pasado fue mejor, sino que comprende las dificultades del presente a la luz de las mismas tensiones que han atravesado la historia.

Newman (1865) cuenta en su “Apología pro vita sua” que su primer encuentro con los Padres de la Iglesia tuvo lugar a los quince años:

[...] in the same Autumn of 1816, when I was fifteen years old, each contrary to each, and planting in me the seeds of an intellectual inconsistency which disabled me for a long course of

years, I read Joseph Milner's Church History, and was nothing short of enamoured of the long extracts from St. Augustine, St. Ambrose, and the other Fathers which I found there. (p.7)

El autor señala que la lectura de la Patrística lo lleva a experimentar “su primera conversión” y, por lo tanto, recibe la primera impresión de lo que es “un dogma” y “un credo definido” y a la par contribuye a eliminar la convicción de que “el Papa era el Anticristo” (p. 7).

La profundización en el conocimiento de la Patrística operó en el tiempo y se extendió más allá de aquel primer encuentro. En 1831, aún como intelectual anglicano escribe la historia de los primeros concilios cristianos. Dicho estudio cristaliza en su primer libro “The Arians of the Fourth Century” (1833). Ese mismo año se hace miembro del llamado Movimiento de Oxford, el cual busca una “purificación” del protestantismo volviendo a las primeras fuentes cristianas. A partir de 1836 emprende con otros colegas la traducción al inglés de la totalidad de las obras conservadas de los Padres de la Iglesia. Escribe, además, una serie de ensayos históricos sobre la Patrística en la “British Magazine” (2010, Bastitta Harriet; Perpere Viñuelas).

Este proceso de estudio y análisis lo aproxima a la tradición viva de la Iglesia, la cual desempeña un papel central en su conversión al catolicismo, tal como lo expresa años posteriores a la misma, en una carta dirigida a su antiguo colega anglicano y amigo, el Reverendo Pusey:

En cuanto a mí, por más vano que lo consideres, no me avergüenzo aún de tomar posición por los Padres, y no tengo intenciones de ceder. La historia de sus tiempos no es un viejo almanaque para mí [...]. Los Padres hicieron de mí un católico, y

no voy a derribar la escalera por la que ascendí hasta la Iglesia.
(Newman, 1873, p. 376)

Entre los aciertos que lo llevan a su conversión, Newman advierte la naturalidad del surgimiento de la vida consagrada o monástica ya desde el siglo V en el ejemplo de los santos Padres de la Iglesia y en el caso de algunas mujeres. Es por esto que, entre los bocetos históricos nos encontramos con el capítulo 9 dedicado a Demetria, una joven mujer romana incluida en esta recopilación de textos de los Padres de la Iglesia. ¿Quién es Demetria?, ¿por qué es incluida por Newman dentro del estudio de la patrística?, y la cuestión del monacato presente también en sus escritos, conforman los puntos principales de esta propuesta.

2. ¿Quién es Demetria?

Nacida hacia el año 414, Demetria descendía de una ilustre familia romana, reconocida por diversos autores como una noble stirpe cristiana al menos desde la época de Constantine, e incluso —según algunas tradiciones— desde tiempos de persecución. Fue hija de Anicius Olybrius, cónsul en el año 395, y de Anicia Juliana, nieta de Probo, influyente prefecto romano, vinculado a la figura de San Ambrosio de Milán. Por ambas líneas, paterna y materna, pertenecía, por tanto, a un linaje de gran relevancia política y religiosa.

Para comprender adecuadamente su contexto vital, es imprescindible situarse en uno de los acontecimientos más traumáticos de la Antigüedad tardía: el saqueo de Roma en el año 410 por Alarico I. Este episodio, que conmocionó profundamente al mundo romano, no solo tuvo consecuencias materiales —como la devastación de numerosas residencias aristocráticas, entre ellas la de la familia de Demetria—, sino también un fuerte impacto

simbólico, al poner en cuestión la aparente estabilidad del orden imperial y la seguridad de la ciudad considerada durante siglos como la capital del mundo. En este contexto de crisis las diferencias sociales parecieron desdibujarse ante la experiencia común del miedo y la vulnerabilidad.

Años más tarde, Pelagio evocará estos acontecimientos en una carta dirigida a Demetria. Si bien en ella se advierten los rasgos de su doctrina —posteriormente considerada herética y combatida por San Agustín de Hipona—, el pasaje ofrece un testimonio vívido del clima de angustia experimentada durante la caída de la ciudad:

Roma, la amada del mundo, tembló y quedó aplanada por el temor ante el sonido de las estrepitosas trompetas y los aullidos de los godos. ¿Dónde está entonces la nobleza? [...] Esclavo y noble eran todo uno. El mismo espectro de la muerte nos acechó a todos. (Pelagio, ca. 414/1991, p. 30. Traducción propia)

A partir de estos acontecimientos, Proba y Juliana —abuela y madre de Demetria, ambas viudas— se vieron obligadas a abandonar Roma y comenzaron a orientarse hacia una vida de mayor recogimiento y oración. Tras diversos episodios de violencia y desplazamiento, lograron finalmente trasladarse al norte de África, estableciéndose en Cartago junto con un grupo de viudas y vírgenes. Allí iniciaron una forma de vida consagrada, bajo la guía espiritual de San Agustín, quien desempeñó un papel fundamental en su formación religiosa.

En este contexto de oración, sacrificio y entrega crece Demetria en Cartago. Cuando llega a la mayoría de edad, manifiesta a su madre y abuela su resolución de consagrarse con voto de virginidad. Su madre y su abuela, nos cuenta Newman (1840), pensaban destinarla al matrimonio y hasta le habrían encontrado un

marido. Sin embargo, llegado el momento crucial, Demetria valientemente deja sus galas y llorando pide permiso a su madre y abuela para consagrar su vida totalmente a Dios. Así lo hizo y llevó una generosa vida de oración y acción y, finalmente, muere a los 60 años bajo el pontificado de San León Magno, habiendo aportado muchos bienes a la Iglesia, como, por ejemplo, una de sus propiedades en la Vía Latina cerca de Roma, contribuyendo, de este modo, a construir la Basílica de San Esteban.

3. Demetria y el sentido de la vida consagrada

Ahora bien, ¿Cuál es la motivación por la que John Henry Newman incluye a Demetria, una de las más exiguas figuras femeninas dentro de esta recopilación centrada en los Padres de la Iglesia? La primera razón radica en su intención de ilustrar el sentido y la temprana presencia de la vida consagrada en el cristianismo primitivo, no sólo en su forma masculina — encarnada por los monjes y Padres—, sino también en su expresión femenina. La figura de Demetria le permite, así, mostrar que la vocación ascética y la consagración a Dios no constituyen un fenómeno marginal o tardío, sino una realidad viva y significativa ya en los primeros siglos de la Iglesia.

En este sentido, la inclusión de Demetria no responde a un interés anecdótico sino a una preocupación teológica e histórica más amplia: evidenciar la continuidad de la tradición monástica como parte constitutiva de la vida eclesial. Como señala Inés de Cassagne (2001) en su introducción sobre Demetria en la revista *Newmaniana*:

Si bien tanto la consagración particular como la consagración en comunidades surgieron tempranamente en la Iglesia, se daban ya en aquel siglo V, y siguieron dándose posteriormente al igual que

hoy, por lo que no nos sorprenden. Pero sin duda le resultaron sorprendentes y admirables a Newman cuando la descubrió estudiando a los Padres de Iglesia: de hecho, muchos de ellos fueron ‘monjes’ y formaron comunidades de variada índole. Y este descubrimiento forma parte de esa ampliación de horizontes que lo llevó finalmente a ingresar en la Iglesia Católica. (p. 38)

Newman (1840) comienza el capítulo 9 con estas palabras: “Agustín fue el fundador del sistema monástico en África, sistema que, a pesar de todas sus posibles perversiones y sus avatares históricos, ocupa un lugar doctrinal aparte en la dispensación evangélica” (p. 245). Luego afirma que

“Aun admitiendo que el monaquismo pudiera ser tachado de superstición, de fanatismo, de clericalismo y otros errores que se acostumbra a imputarle, al menos habrá que reconocerse que no es un error en sí, sino una corrupción de algo bueno en sí, resultado de una manera errónea de comprender la fe primitiva”. (p. 246)

Newman dirige estas palabras a los protestantes que le dieron sustento doctrinal al anglicanismo que él abrazara anteriormente, donde no sólo no existía vida consagrada de ninguna especie, sino que había prejuicios contra la misma. A raíz del cisma protestante de Lutero en Alemania, del anglicanismo con Enrique VIII, los múltiples monasterios y conventos de Inglaterra fueron cerrados y expoliados en el siglo XVI, y desde entonces prevalece la idea de que dichas formas de vida implican “superstición, fanatismo, clericalismo” o cuanto menos, que se prestaban a abusos y corrupciones. De allí que Newman se dedique, en la primera parte de este boceto, a refutar tales prejuicios y a oponerles los beneficios que él ha descubierto en la vida consagrada y que lo han maravillado. De hecho, esta defensa de la vida monástica también resulta ilustrativa como testimonio de los pasos que

Newman fue dando hasta ponerse en contacto con la Iglesia de los Padres, justificando su propio aserto: que fueron ellos precisamente los que lo hicieron católico.

En este marco, el monacato de los primeros siglos puede entenderse no sólo como una forma de vida ascética, sino también como un espacio privilegiado de custodia y transmisión de la verdad cristiana. En tiempos de crisis doctrinal, persecuciones o relajación de la vida eclesial, muchos hombres y mujeres buscaron en la vida retirada una fidelidad más radical al Evangelio. Lejos de constituir una huida del mundo, el monacato se configura como una sólida respuesta a las tensiones internas de la Iglesia, preservando con particular intensidad la integridad de la fe y de la vida cristiana. Newman (1840) alude al arrianismo, al pelagianismo y a tantos pensamientos heréticos que acechaban contra la Doctrina en aquel momento. En tales circunstancias, la esposa de Cristo, su Iglesia, “huyó al desierto, donde Dios le había preparado un lugar” (Ap.12,6) Sin embargo, esta huida al desierto lejos de ser un escape o evasión constituye la firme resolución de custodiar la integridad de la Fe, de fortalecer y profundizar la unión con Dios mediante la oración y la entrega. San Atanasio escribe en la Vida de Antonio: “Y así, aunque vivía retirado en la montaña, Antonio era conocido por todos; y muchos venían a él [...] y salían fortalecidos en la fe” (Atanasio de Alejandría, 1991, cap. 14). Similarmente, el poema de su amigo John Keble, quien estudia la Patrística con Newman, ilustra esta premisa claramente:

When withering blasts of error swept the sky,
And Love's last flower seemed fain to droop and die,
How sweet, how lone the ray benign
On sheltered nooks of Palestine!
Then to his early home did Love repair,

And cheered his sickening heart with his own native air. (2013)

Cuando el viento del error que quema barrió el cielo
Y las últimas flores del amor parecieron marchitarse y morir,
¡Cuán dulce en su aislamiento fue el rayo bienhechor
Que se expandió en los rincones protegidos de Palestina!
Entonces el Amor regresó a su primera morada
y reanimó su corazón enfermo gracias a su aire natal.
(Traducción propia)

En este fragmento lírico Newman confirma la manera adecuada que tuvieron los monjes de afrontar la devastación espiritual - producida por los errores heréticos en su intento por destruir la belleza de las verdades divinas y el amor del Bien- buscando refugio para proteger la doctrina de la fe en su integridad y fortalecerse en la práctica de las virtudes por la Caridad, Amor a Dios y al prójimo por Amor a Dios. Palestina opera aquí como la "primera morada" o cuna del Amor eterno e increado; el Amor renace en el alma de los que permanecen fieles a sus raíces espirituales. Esta necesidad de retirarse que tuvieron los cristianos también se advierte en el caso de San Jerónimo, quien se refugia en Belén como monje para buscar la verdad y poder dar batalla a las herejías de su época.

En una segunda parte del capítulo, el autor (1840) refuta las infundadas críticas e ignominias proferidas al estado monacal de la mujer para luego, describir, las razones de dicho estado:

La virginidad -ese santo estado- no sólo es considerada como triste, sino que es cubierta de oprobio inhumano y de insultos, cuando, al contrario, los establecimientos para mujeres solas le confieren dignidad a su estado (...) y si en este estado de cosas es tanto lo que han perdido las mujeres, ¡cuán grande ha sido la pérdida de los pobres, los enfermos, las personas de edad, a cuyo

loable servicio se consagran aquellas que renuncian al matrimonio. (p.242)

Al entrar en contacto, mediante los escritos de los Santos Padres, con la vida consagrada de los primeros cristianos, entre los que descuella la de la virgen Demetria, Newman encuentra en la vida primitiva de monjes y, en particular en la de nuestra protagonista, la demostración de que la entrega total al servicio de Dios y la salvación de las almas, implica una renuncia del mundo o, mejor, de lo mundano. Contrariamente a la genuina doctrina primitiva del celibato cristiano, las personas consagradas se ocupan, mediante la oración y vida ascética por vivir conforme al Evangelio, esto es, practicar la Caridad. Nada más lejos de encontrarse entre las personas egoístas, individualistas, arbitrarias y antisociales. En relación con la mujer consagrada, es altamente probable que frente a los vituperios y oprobios conferidos contra ellas -solteronas de tristeza inconsolable, de espíritu inestable e insatisfecho, almas replegadas sobre sí mismas, de corazón sin objeto y de inacción- Newman haya querido demostrar lo contrario mediante la vida de una santa virgen, Demetria.

Esta mujer fuerte encarna numerosas virtudes que bien se contraponen a cada uno de los agravios conferidos a las llamadas “solteronas” para el mundo, quedan al trasluz al abordar los textos seleccionados de los Primeros Padres -específicamente San Agustín y San Jerónimo- y recopilados por Newman. Entre ellas, ahondaremos en su fortaleza, humildad, pureza, generosidad y entrega de sí en la fecundidad de su maternidad espiritual y en su virginidad.

El vigor para defender su vocación se evidencia en las palabras de San Jerónimo. La noticia de su resolución de consagrarse con voto

de virginidad había llegado hasta el Monasterio de Belén donde reside el monje de 83 años de edad. Él mismo le escribe una carta y la anima a dar el paso que, en su interior, ella misma desea:

Cuando era inminente el día de su boda, y ya estaban preparando la cama nupcial, se cuenta que ella –en alusión a Demetria- en secreto y sin testigos, se armó en la noche con argumentos como éstos: ¿Qué estás haciendo, Demetria? ¿A qué este terror de defender tu honor? Debes ser libre y audaz. Si tal miedo te acomete en la paz, ¿qué has de hacer ante el martirio? Si no puedes soportar la vista de tus parientes, ¿cómo podrás soportar el tribunal de los perseguidores? Si el ejemplo de los hombres no basta a animarte, que al menos el de Inés, la bienaventurada mártir, te conforte y te aquiete; ella, que venció a su edad y a su tirano, y consagró por el martirio su voto de castidad. (Jerónimo, ca. 414 d. C./2010, Carta 130: A Demetria, p. 9)

En la epístola, San Jerónimo alude a Santa Inés, considerada dentro de la iglesia como símbolo de valor y castidad, y quien cien años antes muere mártir defendiendo su firme voluntad de permanecer casta. Paralelamente, bien podría ser considerada Demetria como anticonvencional, en tanto que rompe con los paradigmas tradicionales de la época: la antigüedad tardía y la nobleza, su clase social. Decide no contraer un matrimonio ya arreglado que aseguraría su linaje, su bienestar temporal y su descendencia. Con firmeza y valor, Demetria no hace caso de estas prescripciones sociales a pesar de su situación presente acomodada y su incierta situación futura. Posteriormente, San Jerónimo, le dice en su carta:

[...] Pero ¿qué estoy haciendo? Olvido mi propósito, que es aconsejar a esta joven. He estado elogiando los bienes mundanales, cuando en realidad se trata de elogiar a nuestra virgen que los ha despreciado al no considerarse ni como noble ni como enormemente rica, sino como una joven común. Qué

increíble fortaleza la de esta joven, criada entre joyas y sedas, con catervas de esclavos y mujeres de compañía, atenciones domésticas a granel y un gran tesoro de refinadas delicadezas, ¡al anhelar penosos ayunos, burda vestimenta y un régimen frugal! Ciertamente ella ha meditado las palabras del Señor: 'Los que se visten de seda están en las mansiones de los reyes'. (ca. 414 d. C./2010, Carta 130: A Demetria, p. 9)

San Jerónimo no duda en aplicar dos analogías bíblicas con las que compara la fe y la fortaleza de Demetria. Por un lado, Ana, hija de Fanuel, quien había vivido con su marido siete años, y después de viuda, hasta los ochenta y cuatro años, consagra su vida al ayuno y a la oración día y noche, sin alejarse del templo, como dice San Lucas, dando gracias a Dios, y hablando de Él a todos los que esperaban la redención de Jerusalén (Lc. 2:36-38). Su perseverante amor sobrevivió lo suficiente para ver al Salvador venir al mundo. Al respecto, el autor menciona que lo que "admiraba era el ardor de Ana, hija de Fanuel, quien sirvió al Señor en el templo hasta su extrema vejez con oraciones y ayunos" (p. 11). Por otro lado, San Jerónimo compara a Demetria con las hijas de Felipe, señalando que "su anhelo iba en pos del coro de las cuatro hijas de Felipe, con el deseo de ser una de ellas, la que por su virginal castidad mereció el don de la profecía" (p. 11).

En el libro de Los Hechos de los Apóstoles (6:5) San Lucas relata cómo el espíritu de servicio y afán apostólico de Felipe el diácono, uno de los siete varones de buen testimonio elegidos por los Apóstoles, debió ser un ejemplo extraordinario para sus cuatro hijas, puesto que dedicaron su vida por entero a servir al Señor y a predicar el Evangelio. Para ello, no dudaron en aceptar de buen grado una entrega total a Jesucristo como único destinatario de su amor. Es más, la elección de estas cuatro jóvenes de entregar su

cuerpo y su corazón al servicio de Dios y de los hombres les permite ofrecer plenamente y de un modo específico e insustituible a las necesidades apostólicas de la incipiente Iglesia. Remedios Falaguera (2008) en su artículo “La llamada divina de las Hijas de Felipe”, escribe sobre el llamado a esta vocación:

Tal vez, estoy segura de ello, esta llamada divina a vivir la virginidad por el Reino de Cristo pudo, como ocurre hoy en día, suscitar suspicacias e incomprensiones. Pero ¿quién dice que la mujer es libre para tomar esposo y no para consagrarse a Dios? ¿Cómo podemos afirmar que vivir este compromiso con Dios es antinatural, fanatismo, o peor aún, impide al hombre y a la mujer realizarse plenamente? No, ni mucho menos. Esta decisión libre y responsable no sólo reafirma la dignidad de la mujer, sino que realiza su personalidad dándose por entero, al igual que la entrega de los esposos es total y permanente. (Falaguera, 2008, p. 6)

Esto nos lleva a considerar la segunda gran virtud de Demetria: la generosidad y entrega que nos sugiere su vida, tal como la vemos en la de Ana y en las hijas de Felipe. Esta virtud tan consecuente con la valentía anterior es la que les permite abandonar las comodidades y certezas de la vida presente, para vivir solamente de la divina providencia, por amor a Cristo, su elegido esposo. El mismo escándalo que pueden haber provocado en la época de los primeros apóstoles, se repite en la vida de Demetria y en la vida de Newman mil quinientos años más tarde. ¿Cuál es el sentido? ¿Por qué dejarlo todo? ¿Es esto fanatismo? San Jerónimo hace referencia también a este “dejarlo todo” de un alma que encuentra su felicidad en la tierra al poder responder al llamado de Dios. Jerónimo (ca. 414/2010) señala en la Carta 130:

Collares costosos, perlas preciosas, brillantes joyas; todo lo volvió a su cofre; se puso encima una túnica común y encima un manto

común, y sin previo aviso súbitamente se lanzó a las rodillas de su abuela, dándose a conocer sólo a través de sollozos y lamentos. Atónita quedó esta santa al ver el cambio de atuendo de su nieta mientras su madre permanecía consternada por el deleite. Era lo que una y otra deseaban y no podían creerlo. Perdieron el habla, sus mejillas enrojecían pasando del temor al júbilo; en tropel iban de acá para allá sus pensamientos. La nieta y la abuela, la madre y la hija, empezaron a prodigarse besos. (p. 12)

Contrariamente a lo que suele acontecer, la consagración de su virginidad no escandaliza a los contemporáneos de Demetria, como más tarde a los de Newman y muchas veces a los de nuestros tiempos, sino más bien, ennoblece a su familia. En palabras de San Jerónimo:

Es que en su resolución reconocían sus propios deseos, y expresaban su gozo porque la virgen honraba aún más a una noble familia con su virginidad. Era un acto que enaltecía su raza, un acto que extinguía las cenizas de la ciudad romana. (p. 13)

Esta virginidad, lejos de ser un mero impulso egoísta, es por el contrario una fuente de fecundidad. En efecto, inmediatamente muchas mujeres de una u otra condición que escucharon su decisión, siguieron su ejemplo.

Exclama Jerónimo: ¡Bondadoso Jesús! ¡Y qué exaltación se produjo luego en toda la parentela! Fue como si de una raíz fecunda brotaran a la vez racimos de vírgenes, pues una multitud de sirvientas y doncellas siguieron el ejemplo de su ama y patrona. La profesión de virginidad se multiplicó en cada casa, y por más diversos que fueran los rangos sociales, todas se identificaban en el mismo premio: la castidad. Y me quedo corto. Todas las iglesias de África bailaban por un poco de alegría. (p. 14)

4. Demetria y la cuestión de la soledad.

Finalmente, y siguiendo la línea de las vidas ilustres recopiladas por Newman, el tema de la soledad voluntaria también tiene lugar en el capítulo dedicado a esta gran mujer. Hemos visto cómo la vida consagrada guarda estricta relación con el “dulce aislamiento necesario para encontrar la verdad” como decía Keble en su poema. Este “aislarse” o “recluirse” bien podría ser equiparado a vivir en el mundo sin ser del mundo.

Según se afirmó, a causa del saqueo de Roma en el 410, Proba, la abuela de Demetria, junto con su nuera y su nieta emprenden una huida del mundo para comenzar una vida de oración durante su viudez. En tales circunstancias, esta huida al África bien puede compararse con el viaje al desierto tan vinculado con la oración y el ayuno recurrente en la Biblia. San Agustín les escribe una carta y las anima a sumergirse felizmente en esta vida de oración:

Así por amor a esta vida verdadera, debes considerarte solitaria aún en medio del mundo y sea cual sea tu prosperidad exterior. En la oscuridad de esta vida, en la cual somos peregrinos del Señor y caminamos por la fe y no por la vista, el alma cristiana debe estimarse solitaria para no dejar de orar. Aunque rica, ora como pobre, aunque tengas hijos y nietos, ora como una solitaria, pues todas las cosas temporales son inciertas incluso cuando llegamos a conservarlas hasta el fin de la vida como un consuelo. (Agustín de Hipona, 2007, Carta 150 a Demetria, ca. 413, p.317)

Este retirarse voluntariamente a la soledad, es como una prenda necesaria para crecer en humildad y saberse despojado de todo: sin joyas ni ropajes, sin familia, sin apegos. En este “saberse sólo” se reconoce la necesidad de un Dios que hace grande todas las cosas. En definitiva, este es un camino de fe y no evidente ni a los ojos del cuerpo y, ni siquiera, a los del alma, tal como afirma San Agustín.

Demetria, como otras tantas mujeres, “han dicho adiós a las esperanzas y preocupaciones terrestres” (1840, p. 248). Y entonces, solas ponen su esperanza en Dios, y perseveran noche y día en súplicas y oraciones. Y rezan, como el salmo 62: “Sedienta está mi alma de Ti, sedienta está mi carne de Ti, y de mil maneras, en esta tierra desierta, donde no hay camino ni agua.” En su amargura el Rey David, solo en el desierto, suspira por Dios y desprecia, considerando como nada todas las cosas de este mundo. Desde la soledad como reina, el Profeta mira la gloria de Dios.

El retirarse del mundo, tanto para Demetria como para Newman, tiene también ese sentido de minoría propio del santo que se encuentra muchas veces sólo en su elección y en su vida entera. Habitan sus países, pero viven como extranjeros, “viven en su carne, pero sin someterse a ella; caminan sobre la tierra, pero su coloquio es con el Cielo.” (p.156).

El mismo Cardenal Newman experimenta gran soledad en su conversión. Debió dar explicaciones tanto a anglicanos como a católicos. Por momentos parece no contar con nadie de su lado y su único consuelo y compañía es la fe y total esperanza en Dios. Por ello afirma enfáticamente “No necesita una morada aquél cuyo hogar es la Iglesia Católica; no teme desolación bárbara ni herética aquel cuyo credo está destinado a durar siempre.” (p. 217)

5. Conclusión

La inclusión del boceto histórico de Demetria en el estudio de los Padres de la Iglesia realizado por John Henry Newman no constituye un elemento marginal, sino una decisión profundamente significativa desde el punto de vista teológico e histórico. través de esta figura, Newman recupera y revaloriza la

vida consagrada en un contexto —tanto en su propia época como en la actualidad— en el que dicha forma de vida ha sido frecuentemente incomprendida, cuestionada o reducida a categorías meramente funcionales o sociológicas. Frente a ello, su lectura de la Patrística pone de manifiesto que la consagración no es una desviación tardía ni una práctica accesorio, sino una expresión originaria y constitutiva de la vida cristiana.

En efecto, el testimonio de Demetria, joven romana de noble linaje que en el siglo V renuncia a sus riquezas y consagra su virginidad a Dios, revela con particular claridad que la radicalidad evangélica no es patrimonio exclusivo de los grandes Padres, sino una vocación abierta también a las mujeres desde los primeros siglos. Su inclusión permite así ampliar la comprensión del monacato y de la vida ascética, mostrando que estos no sólo preservaron formas de vida, sino que custodiaron, encarnaron y transmitieron la verdad cristiana en contextos de profunda crisis cultural, política y religiosa.

Este redescubrimiento no tuvo para Newman un valor meramente erudito. Por el contrario, se inscribió en un proceso intelectual y espiritual que lo condujo a replantear las bases mismas de su fe. El contacto directo con los Padres y con testimonios como el de Demetria le permitió reconocer en la Tradición de la Iglesia no una reliquia del pasado, sino una realidad viva, dinámica y vinculante. En este sentido, la Patrística se convirtió para él en un criterio de valor y en un camino hacia la plena comunión con la Iglesia católica.

Finalmente, la figura de Demetria trasciende el marco histórico en el que se inscribe para proyectarse como un signo de permanente actualidad. Su vida no solo ilustra una práctica del pasado, sino que interpela de manera directa al presente, cuestionando las

categorías con las que la modernidad tiende a medir el valor de la existencia humana. En un mundo marcado por el individualismo, el utilitarismo y la pérdida de horizontes trascendentes, la entrega total a Dios aparece como una forma radical de libertad y de plenitud.

Así, en consonancia con el lema de John Henry Newman “cor ad cor loquitur” -el corazón habla al corazón-, y es precisamente en ese ámbito de intimidad donde el testimonio de Demetria continúa desafiando, iluminando y convocando a la Iglesia de hoy a redescubrir, en la fidelidad a su tradición, la vitalidad siempre nueva del Evangelio.

Referencias bibliográficas

- Agustín de Hipona. (2007). *Cartas (2): Epístolas 124–187* (Biblioteca de Autores Cristianos, Vol. XIb). BAC. (Trabajo original ca. 413)
- Atanasio de Alejandría. (1991). *Vida de Antonio* (I. Rodríguez Herrera, Trad.). Ciudad Nueva.
- Bastitta, F., & Perpere Viñuales, Á. (2010). *John Henry Newman y los Padres de la Iglesia*. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/191379>
- Cassagne, I. de. (2001). Demetria. *Revista Newmaniana*, 33, s-p. <https://www.amigosdenewman.com.ar/wp-content/uploads/2020/08/AoXINumero33-Agosto2001.pdf>
- Falaguera, R. (2008). La llamada divina de las hijas de Felipe. *Genio Femenino*, (4), 1-12.
- Jerónimo, S. (ca. 414 d. C./2010). *Carta 130: A Demetria* [Traducción del original latino]. En *Padres de la Iglesia: Cartas de San Jerónimo*. Editorial Patrística.
- Keble, J. (2013) “Advent Sunday” in *The Christian Year*. Editor Henry Morley.
- Newman, J. H. (1840). *The Church of the Fathers*. J. G. F. & J. Rivington.

- Newman, J. H. (1865). *Apologia pro vita sua: Being a history of his religious opinions*. Longman, Green, Longman, Roberts, & Green.
- Newman, J. H. (1873). *Certain difficulties felt by Anglicans in Catholic teaching*. Longmans, Green, & Co.
- Pelagio (1991). *The letters of Pelagius and his followers* (B. R. Rees, Ed.). Boydell Press. <https://archive.org/details/lettersofpelagiu0000unse>